

3. La primera es, que despues de haber servido este gran prelado esta santa iglesia de Osma, estando sirviendo la de Santiago, propuso al señor rey Felipe segundo, que ni su majestad, ni él cumplieran con su conciencia, si no la dejaba, por las graves enfermedades, que con la gota le habian sobrevenido. Y despues de diversas réplicas, vino bien su majestad en que la dejase; pero con la calidad, de que él mismo primero propusiese dos sugetos, para que de ellos escogiese su majestad el que le pareciese, para sucederle en su iglesia: y así se hizo, y escogió su majestad uno de ellos. Tanto fiaba aquel prudente rey del espíritu, virtud, y juicio de este prelado.

4. La segunda, que habiéndole dicho su majestad que viese qué renta se queria reservar para sus alimentos, respondió, que le bastaban mil ducados para sí, dos criados, y dos capellanes, y le señaló doce mil ducados, y se fué á Talavera á morir. Era natural de Tudela de Duero. (Fundaciones, lib. 3, c. 3.) De este prelado habla la Santa en sus fundaciones, como de varon apostólico; y bien se vé, pues dice, que visitaba á pié este obispado: y así por aquí se verá cual era la maestra, de quien tanto prelado era su discípulo. Vamos ahora á las notas.

5. En el número primero, y segundo de la carta, salva la Santa la censura, á que estaba sujeta, enseñando una mujer á un prelado, y una hija de confesion á su confesor, con decir: *Que lo hace por obediencia, de quien ella es muy enamorada*. Y tiene razon de serlo, por ser esta virtud el reposo, y quietud del espíritu, y en quien solo descansa. Los que obedecen, escriben con regla, y así pueden formar las lineas derechas. ¡Ay de los que mandamos, si obramos como quien manda, y no como quien obedece á las reglas, que á nosotros nos mandan!

6. En el número tercero dice, que es de Dios cuanto le escribió, que eso significa el *Fueme mostrado: se me ha dado á entender*. Y así lo creo, y que no solo es de Dios, porque era de santa Teresa, sierva suya, sino de Dios, porque lo trató primero con Dios en la oracion, que es por donde Dios se comunica á las almas, ó que tuvo sobre ello revelacion: y así esta carta, en mi opinion, tiene tanto mas de Dios, quanto es de la Santa, y de su oracion, ú de alguna revelacion.

7. En el mismo número tercero, dice una cosa que puede hacer temblar á todos los prelados de la Iglesia católica: yo á lo menos no hallo á donde esconderme. Y es, que le dijo Dios á santa Teresa: *Que teniendo este prelado humildad, y celo de almas, y de volver por la honra de Dios, le faltaba lo mas principal, que se requiere para estas virtudes*. Aquí he de parar un poco, con licencia de quien me leyere.

8. ¿Qué es esto? A quien tiene caridad, ¿qué le falta? Siendo esta virtud el seminario de todas las virtudes? A quien es obispo, y tiene celo de las almas, ¿qué le falta? Siendo este el heroico ejercicio de su ministerio? A quien mira por la honra de Dios, ¿qué le falta? Siendo este el mas soberano fin del obispo? Y todavia le dijo Dios á santa Teresa, que le faltaba á este obispo lo mejor, teniendo todo esto. Pero luego lo dijo Dios á la Santa, y la Santa al obispo. Oigámoslo todos los prelados eclesiásticos, y sacerdotes con suma atencion.

9. Faltábale la oracion con fortaleza, y tal, que rompiese la falta de union; y esta union es la uncion del Espíritu Santo: y sin union interior

del Espíritu santo, todo vive arriesgado, y sujeto á desunion entre el alma y Dios: ¡y ay del alma sin union con Dios!

10. Aquí debemos los prelados aprender á formar dictámen, de que ni hasta el celo, ni hasta la caridad, ni hasta el deseo de la honra de Dios, sin la oracion. No porque estas virtudes en sí no basten para salvarnos, sino por el riesgo que corren, de que no duren en nosotros sin la oracion, y se aparten de nosotros, por no tenerla; y en ausentándose de nosotros ellas, por no tenerla á ella, nos condenaremos, y perderemos nosotros sin ella, y sin ellas.

La razon es clara. ¿Cómo ha de durar la caridad, si no dá Dios la perseverancia? ¿Cómo la dará Dios, si no la pedimos? ¿Cómo la pediremos si no hay oracion? ¿Cómo se ha de hacer este milagro grande sin ella? Derribadas las canales, y las influencias del alma á Dios, y de Dios al alma, no teniendo oracion, por donde ha de correr esta agua del Espíritu Santo? Luego sin la oracion, ni hay comunicacion de Dios, para conservar las virtudes adquiridas, ni para adquirir las perdidas, ni hay medio para lo bueno, y no sé si diga, ni remedio.

11. Esto clamaba con repetidos clamores san Bernardo al pontifice Eugenio, su hijo espiritual; y siendo vicario de Cristo el uno, y un religioso pobre el otro (que parece harto á la interlocucion de esta carta de santa Teresa, entre la oveja, y su pastor) le dice: *Timeo tibi, Eugeni, ne multitudo negotiorum, intermissa oratione, et consideratione, te ad cor durum perducatur, quod devotione non incalescit, compassione non mollescit, compunctione non scinditur, et se ipsum non exhorret, quia non sentit*. Témete mucho, Eugenio, que la multitud de los negocios, dejando tú la oracion, y la consideracion por ellos, no te lleven á la dureza de corazon; y que de tal suerte te lo pongan, que ni lo caliente la devocion, ni lo ablande la compasion, ni lo rompa la compuncion, ni tengas horror de tí, por hallarte en estado, que no llegas á sentir la perdicion, que hay dentro de tí.

¡O qué palabras estas de aquel dulce, y fuerte espiritual Bernardo, órgano animado del Espíritu Santo! ¿Cómo debemos aplicar á ellas el oído, y el corazon los prelados!

12. ¿Qué mayor desdicha de un obispo, ó superior, ó cura, ó sacerdote, que tener el corazon de manera, que arroje de sí, por su dureza, la devocion, y la prontitud de acudir á todo lo bueno, y santo? ¿Qué le queda á esta alma, sino perderse para siempre en lo malo? *Quod devotione non incalescit*. Pues esto lo causa el no tener oracion.

13. ¿Qué mayor desdicha, que no compadecerse un prelado, ó superior de las necesidades espirituales, y temporales de sus súbditos, y mirarlas con ojos serenos, y duro corazon? *Quod compassione non mollescit*. Pues esto lo causa el no tener oracion.

14. ¿Qué mayor desdicha, que teniendo el pecho de bronce, y el corazon de hierro un prelado, resistirse á las lágrimas, y á la compuncion? *Quod compunctione non scinditur*. Pues esto lo hace el no tener oracion.

15. ¿Qué mayor desdicha, que siendo un superior el monstruo, que propone san Bernardo en otro lugar, que hace piés de la cabeza, prefiriendo lo temporal á lo eterno, ojos del cocodrilo, mirando al gozo pre-

sente, y no á la cuenta en lo venidero; y hace pecho de las espaldas, dando estas á lo bueno, y aquel á lo malo, y las demas monstruosidades, que pondera allí el santo, mirarse á sí el prelado, y no tener horror de sí mismo? *Et se ipsum non exhorret.* Pues esto lo causa el no tener oracion.

16. ¿Qué mayor desdicha, que llegar con esta enfermedad mortal á estado, que no llegue á sentir el enfermo, ni su muerte, ni su enfermedad? *Quia non sentit.* Pues esto lo causa el no tener oracion.

Esta es la pieza, que dijo Dios, que le faltaba al arnés de las excelentes virtudes de que estaba armado este santo obispo; y esta es la que le avisó de su parte santa Teresa, para que la procurase; porque, aunque algun tiempo pueden estar las virtudes sin la oracion, y las tema entonces, pero (como dice san Bernardo) poco á poco en dejandola, puede llegar á endurecerse el corazon, y á desarmarse de ellas; y desarmado el soldado de las virtudes, y de la oracion; ¿qué le queda, sino ser triunfo, y trofeo de sus enemigos?

17. Y debe advertirse, que como parece en este número tercero, ya este santo prelado tenia oracion; pero faltaba tal vez en ella la perseverancia: y ya fuese, como lo insinúa la Santa, por las ocupaciones del oficio, ó por las molestias de las tentaciones, y tribulaciones, no perseveraba, y Dios no le pasaba esta partida, ni queria que tuviese solo algunos dias oracion, sino constante, frecuente, fervorosa: continua oracion, é instante, como dice san Pablo: *Semper gaudete, sine intermissione orate.* (2. Thes. 5, v. 17, Luc. 11, v. 9.) Y como dice el Señor: *Llamando, instando, rogando, importunando*: con qué nos enseña la Santa, que prelado sin oracion, no es prelado, sino desdicha, tentacion, ó perdicion.

18. En el número cuarto cada palabra mercedia, no una nota, sino un dilatado comentario. Es sin duda, que este santo prelado tenia oracion; pero persuádele, que no se canse de tenerla, y que venza con la perseverancia á los enemigos ordinarios de la oracion, que son la vagueacion, y distraccion, inquietud, y otras tentaciones, y miserias, á que estamos sujetos; que unas veces proceden del cuerpo mal mortificado, y otras del animo distraido; y otras, y muchas, de la voluntad de Dios, que las permite para probar á los suyos, para ver si los halla dignos de sí: *Ut digni habeamini Regno Dei, si forte inveniet dignos se.* (2. Thes. v. 5.)

Todas estas se vencen con una humilde perseverancia; porque hemos de asentar, que todo un infierno entero de demonios se juntarán, para estorbar á una alma sola la oracion, ¿cuánto mas á la de un prelado, fiadora de tantas almas? Y por la resistencia, que ellos hacen al que ora, se conoce bien su importancia.

19. Sobre toda Alejandria, ciudad populosisima, no habia mas que un demonio, que tentase, como se vé en las vidas de los padres del Oriente; y aun decia el santo, que lo vió en figura de hombre dormido, y descuidado. Pero sobre la ermita de un pobre anacoreta, que estaba cerca de Alejandria, y se hallaba orando, habia cien mil demonios. ¿Para qué habia menester Alejandria tentadores, siendo ella, y sus habitantes la misma culpa, y la misma tentacion? Al que ora, envía el diablo los tentadores, y allí está su cuidado, donde está su daño.

Pero ¿qué son los demonios, sino trasgos, sombras, y musarañas, cuando Dios está con el orador, y con el obispo, que le adora, y ora, y lo llama, y le ruega por sí, y por todas sus ovejas? ¿Qué son sino perros sin dientes? Que como dice san Agustin, no les queda sino la facultad de ladrar, pero no la de morder: *Latrare potest, mordere omnino non potest.* (D. Aug. Serm. 197 de Tempo. circa medium.)

20. Desde el número quinto comienza esta celestial maestra, despues de haberle á este prelado embarazado el escudo de la paciencia, y perseverancia en la oracion, á decirle, cómo ha de pelear, y orar, limpiando ante todas cosas la conciencia; pues ponerse á hablar con Dios, sin mirarse á sí primero, ni podrá verlo, ni oírlo, ni aun hablarlo: *Ut noverim me, et noverim te,* (D. Aug.) decia san Agustin, que le pedía á Dios. Haced, Señor, que me conozca, para que os conozca. Como si dijera: Si mis pasiones me hacen ruido, ¿cómo oiré á Dios? Y si mis pasiones me enmudecen, por no llorarlas, ¿cómo podré hablar mudo á Dios? Y si mis pasiones me ciegan, ¿cómo verá la luz de Dios? Y así, lo primero es purificarse, y limpiarse, y luego llegarse á Dios.

21. La oracion, que aquí le enseña santa Teresa á este prelado, para comenzar á orar, donde dice: *A vuestra escuela vengo, Señor, á aprender, y no á enseñar. Hablaré con vos, aunque palvo, ceniza, y miserable gusano de la tierra. Mostrad, Señor, en mí vuestro poder, aunque miserable hormiga;* es casi toda de la Escritura, y muy á propósito, para que todos lo digamos al entrar en la oracion; y dudo mucho, que haya otra mas discreta, espiritual, ni mas al intento en todas sus Obras; y para que se note, la he repetido en este número.

22. Al fin del número quinto le pone la Santa á este prelado delante al Señor crucificado, materia dulcissima, y utilissima á la meditacion, pues todo nuestro bien nos ha venido de allí; y no conociera nuestra ceguedad á su divinidad, si no nos hubiera redimido su humanidad. Y si no hubiera dado el cuerpo á la cruz, y el alma á las penas, y sus méritos á nuestras almas, ¿cómo sacudiríamos de nosotros las culpas? Allí hemos de buscar el remedio, donde estuvo el remedio á nuestro daño; y vencer la serpiente, que nos mordió por la culpa, y ocasionó nuestra muerte, mirando el madero de la eterna salud. En él hemos de hallar la vida, pues en él está nuestra vida pendiente.

23. En el número sétimo advierte, que si la admiracion le suspende al considerar á un Dios crucificado por nuestro remedio, y amor, y aquella divina naturaleza, unida á nuestra bajeza, se detenga; porque no es el fin de la oracion meditar, sino amar, y despues servir; y al servir, y amar, no tanto discurrir, cuanto unirse por la caridad con Dios; y si el discurso me ha causado admiracion, la admiracion me causará amor; y es el amor todo el fin de la oracion.

24. Desde el número sétimo en adelante, le va poniendo las meditaciones por los miembros sagrados de Jesucristo bien nuestro. Déme licencia el santo fray Pedro de Alcántara, y su altísimo espíritu. Déme licencia la elocencia cristiana del venerable fray Luis de Granada, admiracion de estos siglos, que yo no hallo, que á este pedacito de estilo de santa Teresa, que contiene este número sétimo, y el octavo, y aun á todas sus Obras, ni en el modo, ni en la sustancia haya otro, que le haga ventaja.

25. En el número nono, ¡con qué dulzura lleva á este prelado á la oracion! ¡Con qué santa confianza, que dispone su ánimo á lo que Dios hiciere con él! Y dentro de la confianza, ¡con qué suavidad lo alienta, para que padezca constante! ¡Cómo le persuade, que mire con el mismo amor las espaldas, que el rostro del divino Esposo, cuando este le niega, y aquellas le dan! Como quien dice: Haga Dios lo que quisiere de mí, como yo haga lo que quiere Dios.

26. En el número décimo, despues de haberle dado medicina para las tribulaciones, le dá consejo para los favores de Dios. El primero, humillarse: el segundo, adorar su bondad: el tercero, engrandecer su largueza: el cuarto, no dudar de su omnipotencia. Como quien dice: Si es bueno Dios, si es amante, si es poderoso, y en todo esto es infinito, ¿qué no hará un infinitamente amante, bueno, y poderoso, con el alma á quien ama, y con la alma que le ama?

27. Al fin de este número décimo, y en todo el siguiente, propone con raro espíritu, y gracia la comparacion del polvo en el que ora; y porque no falte cosa, ni á su elocuencia, ni á su discrecion, es la misma que puso en la oracion en el número 5, diciendo: *Soy polvo*. Como quien dice: Como polvo, déjate llevar del viento del Espíritu Santo, á donde él te llevare. Si con favores, como polvo humillado: si con tribulaciones, como polvo pisado. Ya en el suelo, ó ya levantado hasta el cielo, siempre te has de quedar polvo, conociendo, que no eres mas que un poco de polvo: *Cum sim pulvis*, (Gen. 18, v. 27.) decia Abraham: de polvo nos hicieron, polvo somos, y polvo nos hemos de reducir: *Et in pulverem revertemur*.

28. En el número duodécimo, con la misma eminencia, que el mayor espositor de la sagrada Escritura lo podia hacer, trae lugares admirables del libro de Ester, para probar la atencion, y humildad resignada, y obediencia humilde, con que se han de recibir los favores del Esposo, y cuán villana es la correspondencia de la esquiua esposa; porque cuando están de su parte las obligaciones, tambien de su parte han de estar las finezas. Pues ¿qué cosa mas agena de toda razon, que estar de mi parte la deuda, y no estar de mi parte la paga? ¿Qué debiéndole yo á Dios el ser, por la creacion, de naturaleza; el ser de gracia, por la vocacion; el perseverar en ella, por la conservacion; el todo cuanto hay, por la redencion, sea mi alma la desenamorada, y solo Dios el enamorado, y el fino? ¡O no lo permitais, Señor!

29. Desde el número décimo tercero, hasta el décimo sexto, sigue admirablemente la comparacion del gusano; y con tanta claridad, que es echarlo á perder añadir cosa alguna. Y con razon puede tener por honra el alma el llamarse gusanillo delante de Dios, cuando en figura del Señor dijo David: Que era el gusano, y el oprobio del mundo: *Ego autem sum vermis, et non homo: opprobrium hominum*. (Sal. 21, v. 7). ¿Quién con esta humildad, no se humilla? ¿Quién á vista de esta humildad se ensoberbece?

30. En el número décimo tercero satisface á la tentacion, que ofrece el demonio á los prelados, de que es mejor trabajar, que no orar; y que para qué gasta el tiempo en orar, que debe gastar en gobernar.

A esto dice la Santa en el número décimo cuarto, que su necesidad

es la primera en el prelado. Y es santísima respuesta, y es de san Gregorio, y de san Bernardo, y de todos cuantos han escrito Pastorales. Pues si el prelado no tiene oracion, ni podrá, ni sabrá, ni querrá trabajar. No podrá, porque le faltarán fuerzas: no sabrá, porque le faltará luz: no querrá, porque le faltará espíritu, y todo su trabajo será faltarle la oracion, que es el alivio de todos los trabajos.

31. Púedese ponderar esto sobre aquellas palabras de san Pablo: *Attendite vobis, et universo gregi. Primum vobis, deinde gregi* (Act. 20, v. 28). Atended (dice san Pablo) á vosotros, y á vuestro ganado. Primeramente á vosotros, y luego á vuestro ganado, pues si anda el pastor perdido, perdido andará el ganado.

Y san Ambrosio dice, que los negocios se han de hacer con diligencia, pero no con congoja: *Diligenter, non anxie* (D. Ambrosio). Como quien dice: No nos impidan el orar, porque me impide lo mas importante para el logro del mismo trabajo. Y añade con san Bernardo en otra parte, que salga de la oracion el alma del obispo al trabajo, despidiendo centellas, recibidas en la misma oracion: *Memento, quod omnia debent servire spiritui: et post Orationem igneant, maneat cineres astuantes ad tempora negotiorum* (Ubi sup.).

32. Por todo eso, hablando el mismo san Bernardo con el pontífice Eugenio, llama malditas ocupaciones á las que quitan del todo la oracion al prelado, aunque sean de su mismo oficio; porque le quitan la luz, y el calor, y la gracia, para servir bien el oficio. Y así, ponderando este daño, le dice: *Ad hoc* (esto es al corazon duro) *te trahent maledictae istae occupationes, si totum te dederis illis, nihil tibi relinquens* (D. Bern. lib. 1, de Confid. ad Eug. Pontif.). Harante el corazon duro estas malditas ocupaciones, si todo te entregas á ellas, todo descuidado de ti.

Todo esto lo enseña admirablemente santa Teresa, donde dice: *Que desde lo alto de la oracion se vé todo el obispado*. Porque con la luz de Dios vé el que ora al obispo, y á su obispado; y sin oracion, ni vé al obispado, ni vé al obispo; porque no vé sin oracion el obispo.

33. Adviértase en el número décimo quinto, donde habla de las sequeidades, que dice: *Llevando el pensamiento divertido por una parte, y otra, y tras el pensamiento se vá el corazon, y con todo eso no es poco el fruto de la oracion*; no quiere decir la Santa allí, que se vá el corazon; esto es, el consentimiento en las tentaciones; porque no habla sino de la parte inferior, y sensitiva, resistiendo la superior.

Y así esto se ha de entender en dos casos. El primero, cuando los pensamientos que en la oracion se ofrecen no son malos, sino fuera del intento, y distraen; como ocupaciones honestas, ó otros negocios indiferentes, ó cuidados, que en ese caso, tal vez se le aplica el corazon, y entonces no se peca.

El segundo, cuando son pensamientos, y tentaciones malas, y pecaminosas; y en ese caso, decir que se le vá tras ellos el corazon, no es decir, que consiente la voluntad, sino que las inclinaciones de la voluntad, y los primeros movimientos del corazon mal mortificados quisieran irse tras ellas, si no hallasen la resistencia por la gracia en lo superior de la voluntad, perseverando, y negándose á ellas en la oracion; y así ha de entenderse este lugar de la Santa.

34. En el número décimo sexto pone la excelente comparación del hijo que trabaja sin jornal, y despues se lo lleva todo al cabo del año, que es lo que advirtió el padre de los dos hijos, obediente, y pródigo, diciendo al obediente: *Hijo, todo es tuyo, quanto es mio: á este he menester cobrar, que andaba perdido* (Luc. 15. v. 34).

35. En el número décimo séptimo aplica la oracion del Huerto á la de los atribulados, manifestando cuán alto, y puro espíritu enseñaba á la Santa en la teología mística, escolástica, y espositiva, que allí derrama, tratando de la parte superior, é inferior del alma de Cristo bien nuestro: declarándonos, cuán poco se padece en la oracion, á vista de lo que el Señor padeció por nosotros en ella.

36. En el número décimo octavo, trae la comparación de la hormiga, para que andemos, no solo ajustados, sino provistos, y prevenidos en la oracion. Esto es, que tengamos trabajado mucho en la oracion en el tiempo desocupado, advirtiendo que á esto nos guía el Espíritu Santo, cuando remite al perezoso á la hormiga: *Vade ad formicam, ó piger* (Prov. 6. v. 6). Para que como ella entroja en el verano para el invierno trigo, entrojemos nosotros oracion en el desembarazado, para el de la ocupacion.

Por eso advierte san Pascasio, abad, que oró tres veces el Señor en el Huerto, para suplir los tres dias, que habia de estar en el sepulcro: *Ter rogat in oratione Dominum, quia tribus diebus futuros erat in corde terræ* (S. Pasch. in Matt. c. 26. lib. 42). Pero en las tres horas de la cruz oró mucho mas fuertemente; pues si en el Huerto oró, y sudó sangre, para vencer la aprension de estos dolores, aquí oró, la derramo por todo su cuerpo, para vencer los dolores, que causaron, y despertaron la aprension.

37. En el número décimo nono, para decir la limpieza con que se ha de estar en la oracion, y al comunicarse con Dios, propone cortesantemente la comparación de los que van á bodas; y en esto imita al Señor, que la puso, para explicar la limpieza con que ha de ser recibido sacramentado: y lo que el Señor aplica al misterio Eucarístico, pide la Santa, que tengamos para el Señor adorado, y reverenciado por la oracion. ¿Pues quien es el que va á la audiencia del rey, que no se componga, se limpie, y disponga? ¿Y qué ha de causar la presencia divina en el alma, sino pureza, y limpieza interior?

38. En el número vigésimo, luego despues de haber enseñado, como un serafin á este santo lo que debe hacer, se despide dél con cien mil humildades: y no sabe donde ponerse, para ser deshecha, la que no sabemos donde ponerla, para ser venerada.

29. Tambien debe advertirse, que siendo las virtudes de que se compone el ministerio pastoral, tantas, y tan multiplicadas, no le habló á este señor obispo, sino de la oracion. Lo primero, porque era señal, que tenia todas las demás. Lo segundo, por la modestia singular de la Santa, que solo trató de su profesion. Lo tercero, porque con la oracion juzgó, que le aplicaba el remedio de todos los daños, y el fomento de todas las virtudes; pues de ella se puede decir lo que el Espíritu Santo dice de la sabiduría: *Et venerunt mihi omnia bona pariter cum illa* (Sapient. 7. v. 14).

40. Finalmente, no acierto á despedirme de esta celestial carta, y siento hallarme atado con la rigorosa clausura de notas; aunque en estas me he dilatado sobradamente, y casi he llegado á comento. Pero merecelo la intencion de la Santa, y nuestra necesidad; y mas la mía, y la importancia de que tengamos oracion los preladados. Y así verdaderamente esta carta, y sus vivas razones, no habian de estar estampadas solo en el papel, sino en los corazones de los que servimos en este importante, y peligroso ministerio de almas.

CARTA IX.

A la Illma., y Escma. señora doña Maria Henriquez, duquesa de Alba.

JESUS.

4. La gracia del espíritu Santo sea siempre con vuestra excelencia. Mucho he deseado hacer esto, despues que supe estaba vuestra excelencia en su casa. Y ha sido tan poca mi salud, que desde el jueves de la Cena, no se me ha quitado calentura, hasta habrá ocho dias; y tenerla era el menor mal, segun lo que he pasado. Decian les médicos, se hacia una postema en el hígado: con sangrias, y purgas ha sido Dios servido de dejarme en este piélago de trabajos. Plegue á su divina Majestad se sirva de dármeles á mí sola, y no á quien me ha de doler mas que padecerlos yo. Por acá ha parecido, que se ha hecho muy bien el remate de los negocios de vuestra excelencia.

2. Yo no sé que decir, sino que quiere nuestro Señor, que no gocemos de contento, sino acompañado de pena: que así creo la debe vuestra excelencia de tener en estar apartada de quien tanto quiere; mas será servido, que su excelencia gane ahora mucho con nuestro Señor, y despues venga todo junto el consuelo. Plegue á su Majestad lo haga como yo se lo suplico, y en todas estas casas de monjas, que con grandísimo cuidado se hace. Solo este buen suceso las he encargado tomen ahora muy á su cuenta; y yo, aunque ruin, ordinariamente le traigo delante: y así lo haremos, hasta tener las nuevas que yo deseo.

3. Estoy considerando las romerías, y oraciones, en que vuestra excelencia andrà ocupada ahora; y como muchas veces le parecerá, era vida mas descansada la prision. ¡O válame Dios, qué vanidades son las deste mundo! ¡Y cómo es lo mejor no desear descanso, ni cosa dél! Sino poner todas las que nos tocáren en las manos de Dios, que él sabe mejor lo que nos conviene, que nosotros lo pedimos.

4. Tengo mucho deseo de saber cómo le va á vuestra excelencia de salud, y lo demás; y así suplico á vuestra excelencia me mande avisar. Y no se le dé á vuestra excelencia nada, que no sea de su mano; que como